

una prosa solemne, hosca, que ofrece el sentido con la parsimonia de una colonia de hormigas saliendo una a una del hormiguero. En este relato, James utiliza apabullantemente el claroscuro, los meandros, las refinadas distracciones, todas las argucias de un domador que retiene su prosa o la deja saltar libremente, según le convenga. Y es en este cuento en donde más duelen las insuficiencias de la traducción, porque todo él es pura sugerencia, ocultación, un laberinto de insinuaciones destinadas a derrumbar las defensas del lector. La robusta moral del guardián (un vigilante del lugar donde nació el gran hombre que nunca se nombra), sufre por dos veces la tentación de acogerse a una seguridad. La primera consiste en rebelarse contra la idiotéz turística organizada en torno al poeta (idiotéz elaborada por eruditos, profesores, patriotas y comerciantes); pero la segunda seguridad, más consistente, se alcanza con sólo exagerar el mito, el espectáculo, de tal modo que hasta el más sándio se percate de lo fraudulento de la operación. Consejo que Nietzsche se hartó de dar: no niegues, sigue hasta el fin, hasta donde no se atreven a llegar los profesionales de la fe. Y ponía como ejemplo a Orígenes, quien sacrificó aquella parte de su cuerpo que le escandalizaba, con gran escándalo de los Santos Padres. Podía haber puesto el ejemplo de Hitler, que racionalizó el capitalismo.

La abrumadora maestría de ambos cuentos no debe ocultar las diversiones escondidas en el relato que da título al volumen, una historia sórdida y terrible

Henry James.



en la maléfica Venecia; o el curioso juego masoquista de *La media edad*, en la línea de los cuentos sobre discípulos y maestros que luchan por el poder. Quizá *La vida privada* sea el menos congruente, a pesar de que también describe a un célebre escritor, pero es un relato más propio para una selección que jugara sobre el registro sobrenatural y fantasmal de James. Sin embargo, no deja

de aportar datos sobre la posición del americano respecto del trabajo creador, la absoluta imposibilidad de vida privada (en su jerga, "mujer") si se aspira a algo más que la monótona producción de los escribas. Una posición que comparte con Kafka y Kierkegaard.

Con todas las deficiencias subrayadas, este volumen es una de las más serias tentativas que se han hecho por editar algo

decente este año. Róbenlo, regálenlo, agótenlo, porque de ese modo quizá nos hagamos merecedores de otro volumen de relatos de James. ¡Hay 112! De las novelas no hablo; nadie me creería. ■ FELIX DE AZUA.

El rescate de los clásicos

Uno recuerda que cuando aquí comenzó lo del mal llama-

ADIOS A LAS LETRAS

Rico el que lo lea

Ciento cuarenta páginas de Georges Bataille pueden valer lo que cuesta una campaña electoral, si se le paga como se merece uno de los erógrafos más importantes del siglo. Una edición príncipe de Bataille debía costar, supongo, tanto como una edición príncipe de cualquier Constitución de las modernas. Sin embargo, el propio Bataille se horrorizaría al saber que en este país que despierta al erotismo público un libro suyo de 140 páginas y unas ilustraciones, encuadrado en rústica, vale 340 pesetas. Ashbee, el gentleman británico que, según todas las estimaciones, fue quien escribió *Mi vida secreta*, uno de los relatos eróticos más apasionantes de la era victoriana, se compadecería de los lectores españoles si llegara a sus oídos muertos que su eficaz e improbable aventura sexual está al alcance de los que puedan pagar de golpe mil pesetas por dos volúmenes, asimismo, rústicos. Sánchez Dragó, nuestra más reciente revelación mítico-histórica, podría viajar a Canarias, si fuera residente en las islas, con lo que cuesta su ensayo de investigación *Gargaris y Habidis*, editado por Hiperión en cuatro tomos forrados de papel acartonado. Miguel Delibes, el ilustre cazador a quien le escuché el otro día en televisión, diciendo que no era capaz de matar una mosca, sentiría temblar su pulso si tuviera que adquirir su *El disputado voto del señor Cayo*, en las famosas ediciones rústicas de Destino, por algo menos del medio millar de pesetas.

Luis María Ansón, el nuevo presidente de la vilipendiada y empobrecida Asociación de la Prensa de Madrid, ha declarado recientemente que los españoles no estamos educados ni para leer periódicos ni para leer libros. Los españoles no estamos educados para ser ricos, habría que decirle al señor Ansón, que si leerá periódicos y adquirirá libros. En cualquier tienda de Madrid puede un pobre lector español contemplar cómo un volumen encuadrado en rústica en un país europeo distinto a España cuesta menos que su contrapartida aquí. La desesperación es comprensible: un alto porcentaje de los lectores no tiene un



Luis María Ansón.

conocimiento suficiente de lenguas no españolas como para atreverse con esos textos.

Jaime Salinas, editor, dijo a un periodista, sobre el tema del encarecimiento de los libros españoles, que, en realidad, "los libros son regalados". El editor de un espléndido *Tristram Shandy* (mil pesetas de venta al público) asegura que el español puede gastarse dos mil pesetas (dos *Tristram Shandy*) en cenar y ni un duro en libros. Lo ideal sería poder comer y poder leer, ser rico para acometer ambas cosas y colmar las dos perentorias necesidades. Un dato no es justo en la apreciación de Salinas: comer, en Madrid, todavía cuesta sólo un *Tristram Shandy* o, en algunos casos, un Miguel Delibes, aunque sea en lugares francamente rústicos.

Sobre el libro pesa toda la represión del coste, igual que sobre los alimentos prohibitivos o sobre las entradas a la ópera y al teatro. Con respecto al libro, su carestía, que no se halla impedida por ninguna acción de la Administración española, supone una forma exquisita de censura. Se prohíbe leer de otro modo. A veces se prohíbe directamente. Se prohibió, por ejemplo, *Fanny Hill*, de John Cleland, y se inhabilitó a su editor. Al leer la traducción publicada por Akal pensé que, a lo mejor por primera vez en mucho tiempo, el Ministerio de Cultura actuó impelido por la sensibilidad. La traducción, que firma Frank Lane, es la mejor razón para condenar un libro al ostracismo. Claro que el Ministerio de Cultura no denunció la publicación con ese criterio, sino con el antiguo y señorial del pudor administrativo. ■ SILVESTRE CODAC.

A la Junta no le gusta la Historia

Dos libros que no tuvieron problemas para su difusión en la época franquista en España han sido ahora prohibidos por la Junta que gobierna Argentina. Se trata de dos volúmenes —los números 26 y 27— de la Historia Universal publicada por Siglo XXI de España: *La Época de la Burguesía*, de Guy Palmade, y *La Época de las Revoluciones Europeas, 1780-1848*, de Louis Bergeron. Videla, y ya es mérito, hace aparecer a Franco casi como un déspota ilustrado.

do "boom" latinoamericano, más de un crítico indígena se sorprendió de la riqueza idiomática de la prosa que nos llegaba de aquellas costas. Será, sin duda, pensaron algunos, el injerto de las culturas aborígenes. Y así era, pero sólo en parte. Porque muchas de aquellas palabras o giros con resonancias exóticas resultaron tener raigambre castellana. Los latinoamericanos no habían hecho más que devolvernos lo que era nuestro. ¿Qué había ocurrido? No sólo que muchas palabras o expresiones aquí olvidadas seguían vigentes al otro lado del océano, sino también que aquellos escritores habían leído a nuestros clásicos. Y lo demostraban. Era toda una lección, que aquí parece que vamos poco a poco aprendiendo.

Rescatar a los clásicos. Algunas editoriales, como Castalia y Cátedra, llevan ya algún tiempo realizando en este terreno una labor importante. No consiste ésta en sacar tal o cual obra al

mercado con cuatro notas aclaratorias, cuando no totalmente en cueros, sino en hacer auténticas ediciones críticas a cargo de especialistas capaces de tender un puente entre las circunstancias culturales, sociales e históricas en que la obra fue concebida y las propias de los lectores de hoy.

Pero hay empresas similares. Por ejemplo, EDAF acaba de lanzar una serie titulada "Escritores de todos los tiempos", inspirada en otra francesa de idéntico título, y entre cuyos primeros volúmenes figuran dos estudios —completados con sendas antologías— dedicados a Quevedo y a Juan Ruiz. Dos escritores, en apariencia, tan distintos y que, sin embargo, tienen varios puntos importantes en común. Ambos escriben en épocas de crisis: un Imperio que se desmorona, arrastrando, en su caída, moral y valores de gobernantes y gobernados, en el caso del primero; crisis profunda del orden feudal y resquebrajamiento de los valores teocráticos tradicionales en la Castilla mudéjar, por lo que respecta al mundo del Arcipreste. La mordaz sátira del autor de *El Buscón* y el aparente epicureísmo cínico de Juan Ruiz recatan una honda angustia. Uno y otro son profundamente moralistas.

Todo esto nos lo demuestran, en dos completísimos ensayos, un par de profesores españoles que enseñan en prestigiosas Universidades norteamericanas. Manuel Durán, de Yale, y Julio Rodríguez Puértolas, de la Universidad de California en Los Angeles, llevan a cabo —el primero, con Quevedo, y con Juan Ruiz, el segundo— una extraordinaria labor crítica que no descuida prácticamente ningún aspecto relacionado con la obra o las diversas circunstancias de nuestros dos autores clásicos. ■ JOAQUIN RABAGO.

Francisco de Quevedo.



CINE

"El diputado"

A Eloy de la Iglesia hay que aceptarlo en su ingenuidad, en su estética feísta y en ocasiones hasta en sus errores, porque ofrece a cambio unas historias que no han tenido cabida hasta ahora en el estrecho panorama del cine español. Por otra parte, la ambición de De la Iglesia es lograr un lenguaje "popular", eliminando cualquier análisis que comporte un trata-



miento estético no asequible por un público poco o nada iniciado. Ese combate —acertado o no en sus planteamientos— inicia una suerte de investigación, aunque la palabra quizá sea excesiva, que puede conducir a resultados de interés. A pesar de que ello le obligue a esquematismos, a discursos reiterativos o situaciones dramáticas que rozan lo inverosímil; pero películas como "La semana del asesino", "La otra alcoba" o "Los placeres ocultos" han supuesto en sus momentos agresiones importantes a un cine acomodado en dogmas, historias tradicionales o fórmulas presuntamente seguras. Las películas de De la Iglesia tienen, al menos, la ventaja de sorprender.

"El diputado" lo demuestra. Una película lógica en la evolución del director, concretada sobre todo en sus últimos títulos. Las relaciones dialécticas entre el sexo prohibido y la política tomaron cuerpo definitivo en

"La otra alcoba" y hasta en la insoportable "La criatura", pero necesitaban desarrollarse más en este personaje homosexual de "El diputado" que es una clara continuación del de "Los placeres ocultos": como si la puerta final de aquella película se hubiera abierto del todo y apareciera ahora la historia del diputado que debe ocultar sus inclinaciones sexuales en una sociedad no dispuesta a tolerar diferencias. Pero si en "Los placeres ocultos" aquella represión tomaba sólo la forma de un drama personal, en "El diputado" se articula como una denuncia política, ya que políticos son los enemigos que intentan explotar en su provecho la particularidad del protagonista y es político su miedo ante los miembros de su propio partido de izquierdas. El drama de este personaje, víctima del chantaje, claro en su ideología, tierno en su intimidad y honesto en sus contradicciones, supone, en conjunto, una denuncia llena de coraje que hay que aplaudir. No es una obra perfecta, pero sí oportuna. ■ DIEGO GALAN.

"Alicia en la España de las maravillas"

Cuando se proyectaba esta película en la Quincena de Realizadores del último Festival de Cannes, los españoles allí presentes nos quedamos bastante perplejos. Jordi Feliú, el director de la película, se presentaba como uno de los más claros luchadores antifranquistas de los años negros de la represión, cuando en realidad era autor de algunas obras que habían incidido en la alienación colectiva propuesta durante cuarenta años desde el cine oficial. Incluso ahora que se estrena esta película en Madrid y Barcelona, algunas revistas presentan a Jordi Feliú como autor novel que inaugura sus andanzas en el cine como esta "opera prima". Sin embargo, Jordi Feliú, en colaboración con José María Font Espina, había sido autor de bastantes cortometrajes —entre ellos, el inolvidable "Cristo fusilado"— y de algunos largos muy característicos de la época como "Diálogos de la paz", que